

HACIA LAS RAÍCES DEL SILENCIO

Cualquiera que sea sensible a las necesidades de la vida monástica actual, comprenderá fácilmente la importancia del silencio. Más aún, esta realidad parece encarnar muchas de las tensiones y promesas de la renovación religiosa en general, puesto que está ubicada en la encrucijada de las dimensiones horizontal y vertical que se entremezclan en todas las corrientes de la espiritualidad cristiana.

Teniendo en cuenta que los demás artículos de este volumen desarrollarán más extensamente las dimensiones escriturística, histórica o ascética del silencio monástico, quisiera mencionar brevemente un aspecto que parece tener especial importancia para nuestras comunidades de América Latina: su papel como dimensión de la amistad. Veremos en primer lugar la relación existente entre estos dos valores profundamente cristianos y monásticos. Luego indicaré cómo una noción más clara de sus raíces en la revelación cristiana puede ayudarnos a evitar tensiones superficiales en nuestras comunidades, al encarnar ambos valores en nuestra vida cotidiana.

Amistad y silencio

A nadie llamará la atención saber que el silencio está enraizado en el corazón mismo de la vida monástica. Esta se distingue de formas de vida religiosa más directamente apostólicas, entre otras razones, por un enfoque especial de la relación palabra silencio. Mientras la vida religiosa más activa prescribe períodos de silencio dentro de un contexto de comunicación verbal, la vida monástica contemplativa tiene momentos para hablar dentro de un marco general de silencio.

Por esta misma razón, en cambio, no es tan conocido el hecho de que profundas amistades humanas hayan sido cultivadas desde los comienzos del monacato cristiano. La *Conferencia XVI* de Casiano¹ sobre la amistad, no hace sino ilustrar el hecho de que no sólo la espiritualidad cenobítica del Alto Egipto sino también la tradición semi-eremítica de los desiertos de Escete y Nitria, eran muy conscientes de las ventajas de vivir con un compañero². Los últimos capítulos de la Regla de San Benito han sido especialmente influidos por este enfoque positivo de las relaciones fraternas, tomado a la vez de la doctrina de Casiano y de los escritos de San Agustín³.

Después de San Benito, el monaquismo medieval desarrolló en forma aún más completa el valor de la amistad. San Elredo de Rievaulx, abad cisterciense escocés del s. XII, es el más alto exponente del aprecio generalizado por este elemento de las relaciones fraternas. Su principio básico, tal como está desarrollado en el clásico tratado sobre *La amistad espiritual*, es que Cristo es el tercero en cualquier relación entre dos o más hermanos, según lo prometió El mismo en Mt 18,20: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” Para Elredo, la apertura del monje a su amigo y hermano se convierte en camino de crecimiento espiritual y lo vuelve más sensible a la persona de Cristo, hasta el punto de que Cristo llega a ser el factor principal en esa amistad⁴. Los ojos de los amigos se abren, como los de los discípulos de Emaús, al significado de la Escritura y Jesús se les aparece. El Maestro consolida su amistad

¹ JUAN CASIANO, *Colaciones* Madrid: Rialp, 1962 11, pp 147-188.

² Ver S. ATANASIO DE ALEJANDRIA, *Vida de San Antonio* (Victoria: Cuadernos Monásticos, 1975), n. 11, p. 24. *Apophthegmata Patrum*, Poemen, n. 151.

³ A. de VOGÜÉ, *La communauté et l'Abbé dans la Règle de Saint Benoît*, Paris: Desclée, 1961, pp. 500-502.

⁴ ELREDO DE RIEVAULX, *La amistad espiritual* Madrid: Studium, 1969, I, n. 9, p. 58: “No hay palabras más adecuadas para expresar la sublimidad, la verdad y la utilidad de la amistad que las que acabas de pronunciar: nace en Cristo, se desarrolla en Cristo, se perfecciona en Cristo”.

con el poder de su resurrección y da un nuevo sentido a sus vínculos fraternos: la misión de atestiguar el poder del amor de Cristo en el seno de una comunidad de hombres como los demás.

En nuestros monasterios de América Latina, tal amistad desempeñará inevitablemente un papel fundamental. Aunque los diversos países de nuestro continente presentan diferentes matices en éste y en muchos otros valores culturales, cada vez se reconoce más que la amistad es un elemento básico de la cultura latinoamericana. Quizás este hecho no ha sido aún suficientemente elaborado o expuesto. Requiere una cierta elaboración del lugar de la amistad en la jerarquía de valores que deben ser vividos en nuestras comunidades⁵.

En principio, los monjes han estado siempre abiertos a una sana amistad. Los visitantes y huéspedes de un monasterio benedictino o cisterciense encuentran con frecuencia una sorprendente capacidad por parte de monjes y monjas para entablar profundas relaciones humanas. Este descubrimiento a menudo hace surgir en el visitante una nueva capacidad para la amistad y vuelve a su vida cotidiana con nueva alegría y confianza.

Sin embargo, en el plano existencial de la rutina cotidiana, fácilmente pueden surgir tensiones entre amistad y oración, entre comunicación y silencio. No se trata tanto de controlar la propia lengua, o de no hablar, o de no hacer ruido. Se trata sobre todo de la *calidad* de nuestra comunicación y de nuestro silencio. Este es el mensaje subyacente a los últimos grados de humildad, tal como los describe el capítulo 7 de la Regla de san Benito⁶. En la práctica es muy posible encontrar un falso silencio, que consiste en la negativa a comunicarse con el hermano. Pero este rechazo negativo es de hecho una real comunicación, en el peor de los sentidos. Se comunica el sentimiento interior: “Te rechazo, te condeno”, y se llega incluso a llamar la atención sobre este rechazo: “Quiero que sepas que no tengo nada que ver contigo”. Si el otro responde con una actitud similar, nuestros dos hermanos se están comunicando su mutua aversión y, en tanto continúan haciéndolo, no están realmente en silencio. Cada vez que se encuentran, se transmiten antipatía con todo su ser. Evidentemente, esto agota y distrae mucho más que la comunicación con palabras.

Así podemos distinguir por lo menos tres situaciones típicas en la tensión existencial entre silencio y amistad. Existe el silencio de lo desconocido, en el cual la amistad es sólo una semilla sembrada entre los hermanos y que todavía debe crecer. Luego existe el silencio del verdadero amor fraterno, al cual nos anima san Benito en su enseñanza sobre la humildad y el buen celo. La calidad y el sentido de este silencio cenobítico constituyen el objeto del presente artículo. Finalmente, existe una aberración del verdadero silencio y de la verdadera amistad que se encarna en las situaciones tensas de la vida comunitaria y que puede suscitar fuertes aversiones y generar un silencio que es fruto del amor propio más que del recogimiento.

La clarificación y la purificación de estos diferentes elementos mediante una interpretación vital de tales valores, parecería constituir un especial desafío para nuestros monasterios. Las siguientes reflexiones acerca de la base doctrinal del silencio sirven simplemente como puntos de partida para tal experiencia, de modo que amistad y silencio puedan ser integrados con fruto en una unidad vital, para beneficio de todos.

⁵ Llama la atención esta ausencia de reflexión sobre la amistad. Probablemente se debe, por una parte, a una cierta inadvertencia a su especial intensidad en nuestra cultura latinoamericana y, por otra, a los urgentes problemas de la violencia y la injusticia sociales. Para referencias a este rasgo de nuestra jerarquía de valores, se puede ver el n. 19 (1971) de *Cuadernos Monásticos*, dedicado todo ello, a este tema. También *Formación para la vida religiosa renovada en América Latina* (Bogotá: CLAR, 1973) 1, p. 35. La relación entre el silencio y la amistad es mencionada por P. MIQUEL, “La amistad” en *Cuadernos Monásticos* 37 (1976), p. 174.

⁶ RB 7, 56-61. Para un estudio completo sobre el sentido del silencio en la Regla de san Benito, ver A. G. WATHEN, *Silence*, Cistercian Studies Series 22 (Kalamazoo: Cistercian Publications, 1973), que contiene una buena bibliografía sobre el tema en general.

Contexto interpersonal

Sabemos que en el fondo del corazón humano, en las raíces del ser de todo hombre, existe la vocación al amor. No se trata de un mero deseo, por intenso que sea, sino de algo óntico. El ser mismo del hombre le exige salir de sí mismo y darse a los otros y al Otro. Frecuentemente, sin embargo, la persona humana ha sido descrita en un sentido individualista o incluso aislacionista⁷. Baste recordar algunas notas distintivas que la filosofía clásica solía atribuir al constitutivo personal: independencia, totalidad en sí, posesión de su ser, existencia por sí y en sí, posibilidad de reflexión. No obstante, estas cualidades expresan sólo un aspecto de la persona humana, y si quisiéramos definir la realidad esencial del ser humano únicamente por este aspecto, encerraríamos al individuo en sí mismo, corriendo el riesgo de hacer de él un todo autocrático y autosuficiente.

Comprenderemos sin dificultad cómo tal concepto, que podría estar implícito en muchos enfoques de la vida monástica, no favorece el desarrollo de una espontánea amistad fraterna, ni su integración en lo más profundo de la vocación humana. En este sentido, las reflexiones de la filosofía y de la psicología modernas han servido de estímulo para que nos despertemos a los profundos valores interpersonales que se hallan en el corazón mismo de nuestra vocación cristiana. Tales valores relativizan un silencio demasiado estricto.

Además, la relación interpersonal es siempre recíproca y requiere por lo tanto un tipo más elevado de comunicación que el exigido en una relación unilateral. Difiere en esto de la relatividad en el orden de la naturaleza, donde la dependencia puede ser unilateral y, por eso, muda. Así, la obra de arte es silenciosa porque depende del artista, y no a la inversa. Por el contrario, una persona es relacional respecto de otras así como las otras lo son respecto de ella. Nos situamos, por nuestro ser más profundo, en un contexto comunicativo y comunitario.

Vemos, entonces, que el primer jalón en el camino hacia el silencio monástico cristiano, no es el mutismo de individuos que tienen existencias paralelas y aisladas. Por el contrario, será necesario descubrir el lugar y la importancia del silencio justamente *dentro* de las relaciones entre tú, yo, y nosotros.

Rítmos del silencio salvífico

Evidentemente, la condición esencial de las relaciones interpersonales es la comunicación. Investigando lo que la revelación nos dice al respecto, constatamos que el Antiguo Testamento se refiere a ella por medio de la palabra hebrea *dabar*. La limitación de los idiomas modernos hace que este término se traduzca por “palabra”, lo que restringe su sentido. *Dabar* significa más bien una comunicación desde lo más profundo de una persona a lo más profundo de otra, una comunicación que exige acogida y respuesta. Tal comunicación no es necesariamente, verbal. Muchas veces ninguna palabra resulta adecuada para comunicar la densidad de la experiencia personal e interior. Son necesarias otras formas de expresión: los gestos y, a veces, el silencio⁸.

Podríamos citar múltiples ejemplos del valor salvífico del silencio, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Mencionaré simplemente las tres comunicaciones claves de la historia de la salvación: la creación, la liberación de Egipto y la redención por Jesucristo.

⁷ Por ejemplo, en R. JOLIVET, *Tratado de Filosofía* (Buenos Aires: Lohlé, 1957) III, p. 252: “La subsistencia... hace que Pedro sea una realidad apta para existir por sí y para sí”. Y J. GRETT, *Elementa Philosophiae* (Barcelona: Herder, 1958) II, p. 127: “La persona es una substancia individual de naturaleza racional, que es perfectamente subsistente, o sea incommunicable”. Una excelente crítica de este enfoque unilateral se encuentra en J. GALOT, *La persona de Cristo*, Bilbao: Mensajero, 1971, pp. 16 ss.

⁸ El silencio es, de hecho, un tipo de gesto, como en *Habacuc* 1,13 e *Isaías* 53,7.

En la creación del cielo y de la tierra, Dios habla desde la serenidad de su soplo que “se cernía sobre las aguas”⁹. Por medio de sus palabras creadoras, va ordenando y preparando la creación para un día de reposo el sábado¹⁰ lo que la carta a los Hebreos indicará como meta del pueblo de Dios¹¹. Desde un silencio de vacío, tinieblas y espera, Dios comunica la existencia por medio de su palabra. Su finalidad es llevar el universo, lleno ahora de su gloria, a una quietud no ya expectante, sino rebosante de vida. El silencio preparatorio y el reposo final muestran y realizan la *profundidad* del proceso: la creación sobre todo la última creación, la del hombre es realmente *dabar*, comunicación de corazón a corazón. El valor psicológico del silencio, puesto de relieve en los distintos métodos de meditación, se fundamenta en este trasfondo interpersonal del ser humano.

La liberación de Egipto interrumpe un silencio de más de 400 años durante los cuales Dios no habló directamente a su pueblo elegido. Años de silencio. La revelación del nombre divino, “Soy el que Soy”¹², indica que estos años de espera silenciosa no habían sido en vano. Dios preparaba a su pueblo para recibir una revelación y una presencia permanentes, de las que no había gozado ni siquiera Abrahán, el padre de ese pueblo. El relato de la liberación de Egipto está lleno de palabras divinas, pero también de silencios, como indica el conocido comentario de ese acontecimiento en *Sabiduría* 18,14: “Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera tu palabra poderosa se abalanzó, como paladín inexorable, desde el trono real de los cielos, al país condenado”. El silencio aparece aquí como preparación y contexto para la implantación del Reino de Dios. Sin silencio la palabra no actúa.

Con el paso del Mar Rojo, que es la gran *dabar* del Señor en el Antiguo Testamento, se da comienzo a la serie casi ininterrumpida de altibajos en la relación dialogal entre Dios y su pueblo. Habrá tiempos en que Dios parecía callarse. El pueblo comienza a ir tras los deleites prohibidos o en pos de dioses extraños cae en pecado. Dios envía calamidades a modo de medicina y estímulo, como formas especiales de comunicación. El pueblo se despierta, se da cuenta de su error, se arrepiente de su pecado, entra nuevamente en diálogo con Aquel que lo creó, escucha su voz en un silencio de disponibilidad y recibe una nueva palabra de Dios en forma de alivio, salvación y paz¹³. Esta paz implica otro tipo de silencio, un reposo como el reposo sabático, una plenitud de comunicación que es a la vez signo de misericordia divina e invitación para que el hombre aprenda a descansar en su Dios, sin ir tras de otros dioses. Pero ¡es tan difícil aprender esta lección! El hombre caerá con una frecuencia impresionante, hasta que llegue la liberación definitiva y aprenda a aceptar el reposo de Dios no solamente con una acción de gracias pasajera, sino con un profundo silencio de amor, imagen de la quietud divina.

En la persona de Cristo, las distintas formas de comunicación llegan a su punto culminante. La palabra de Dios se hace carne para habitar entre los hombres, para revelar todo lo que el Padre ha comunicado al Hijo, y para llevar consigo al pueblo a la casa paterna¹⁴. Esta obra de redención es una comunicación total: por las *palabras y acciones* de Jesús¹⁵ y también por su *silencio*. Este valor revelador y redentor del silencio de Cristo no ha sido suficientemente valorado por la teología cristiana, aunque sí por una larga tradición espiritual, que intentaremos ahora poner más en claro¹⁶.

El no hablar y el no obrar de Jesús es ya una forma especial de obrar y de comunicarse. ¿Qué decía Jesús con su silencio? En primer lugar decía que ser es más importante que hacer o hablar:

⁹ Gn 1,2. Sigo la interpretación más común de “ruah elohim”, que a veces se traduce por viento impetuoso”. En ambas interpretaciones, sin embargo, queda subrayada la voz divina que habla desde un silencio de gestación.

¹⁰ Gn 2,23.

¹¹ Hb 4,1-11.

¹² Éxodo 3,14.

¹³ Es el tema fundamental de toda la historia deuteronomica, p. e., *Jueces* 2,11-19 y *II Reyes* 22,13-20.

¹⁴ Jn 1,14; 14,2; 15,15.

¹⁵ Ver Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la divina revelación, *Dei Verbum*, n. 4.

¹⁶ Se puede consultar con provecho el artículo, traducido en este mismo número de *Cuadernos Monásticos*, de E. LATTEUR, “Silencio de Cristo y silencio monástico”.

silencio de Belén, de Nazaret y del sepulcro. Pero incluso durante su vida pública, los silencios de Jesús enseñaban las exigencias de una íntima oración personal con el Padre y la necesidad de ser probado por la tentación y de esperar el momento que el Padre tenía preparado en su designio para revelar a los hombres el secreto mesiánico. Sobre todo, el silencio de Jesús parece promulgar un *modo* de obrar y un resultado especial de esa obra. El modo es el servicio, la obediencia, el anonadamiento (*kenosis*). Jesús se vacía no solamente de la forma divina sino también de formas falsamente llamadas “humanas”, para indicar al hombre nuevas maneras de relacionarse que suponen un corazón purificado y una muerte a sí mismo. El silencio es signo e instrumento de esta muerte.

Es también signo e instrumento de resurrección. Jesús resucita en silencio, y la paz silenciosa del domingo de Pascua es el resultado de la humillación del Viernes Santo. La teología del Sábado Santo indica cómo la Palabra de Dios, hecha carne y muerta por nosotros, desciende callada a las profundidades de la creación, para hacer allí, un espacio interior dentro del cual el Padre podrá realizar su obra de vida nueva. Solamente gracias a este espacio interior, creado por el silencio, engendra el Padre a la nueva humanidad y envía el Espíritu de su Hijo a los corazones redimidos. El silencio expresa la novedad y la trascendencia de esta nueva creación.

La prolongada oración de los apóstoles con María, la Madre de Jesús, antes de Pentecostés, expresa a nivel de Iglesia la misma realidad que el Sábado Santo expresa a nivel de Cristo Cabeza. La humildad cristiana, como modo redentor de comunicarse a otras personas, y concretada en el silencio, es necesaria para que el Espíritu de Cristo llegue al corazón humano. Allí dará testimonio “con gemidos sin palabras”¹⁷ de que, hijos en el Hijo, somos hermanos de Sangre.

Pentecostés es fundamental para el silencio cristiano. La comunicación del Dios trino no se acaba con la misión visible y la invisible de la Palabra, Es tarea de la tercera Persona de la Santísima Trinidad llevar a cabo la gran obra de la divinización. En un sentido verdadero, es el Espíritu quien crea el silencio en el hombre, acalla sus pasiones y sensibiliza su corazón con sentidos espirituales, para que pueda sintonizar con nuevas formas de comunicación. Siendo el hombre carnal, necesitará el silencio de una muerte interior para ir acostumbrándose a una comunicación dentro de una aparente ausencia de palabras. Gracias al Espíritu, este aparente silencio de Dios se llena de armonía y de nuevas voces, las del Amado que habla de noche al alma, aquietándola.

Se cumple así el paso pascual de una forma de silencio a otra, como ya vimos en las obras de la Creación y del Éxodo. Del silencio que espera, se pasa, a través de hechos y dichos redentores, al silencio que consume. Vamos ya vislumbrando el lugar del silencio dentro de la amistad, pero antes de sacar conclusiones al respecto, analicemos el silencio en su fuente.

Silencio en el Dios trino

La acción del Espíritu de Dios en el corazón humano refleja la dimensión definitiva del silencio cristiano: el silencio que existe en el seno mismo de la Trinidad. Aquí la experiencia y la adoración valen mucho más que las palabras escritas. Sin embargo, es legítimo preguntarnos: ¿En qué consiste este silencio trinitario y cuál es su significado para nosotros?

Consiste en primer lugar, en la *inefabilidad* de la realidad divina: “Lo que ojo nunca vio, ni oído oyó”¹⁸. Por más que la Palabra eterna del Padre exprese lo oculto de Dios, queda todavía infinitamente más por decir y por oír. Más exactamente, *dentro* de la inefable Palabra de Dios está lo que tú y yo sólo podemos expresar en términos de silencio. Es el más allá de la

¹⁷ Rm 8,26.

¹⁸ 1 Co 2,9.

comunicación. Es el sábado eterno en el que no sólo Dios descansa *de su* tarea creadora, sino en el que las Personas divinas descansan *en* la plenitud de su mutuo abrazo¹⁹.

En segundo lugar, y más directamente relacionado con nuestro tema de la amistad, el silencio trinitario significa una *forma especial de relacionarse* las Personas entre sí. Existe en Dios alguien que no es Palabra, sino cuya propiedad es ser en oposición a esa forma de comunicación. Incluso la fe nos enseña que hay dos Personas divinas opuestas así a la Palabra increada, pues en Dios “todo es uno, allí donde la oposición de relación no es un obstáculo”²⁰. De este modo el Padre es silencio infinitamente fecundo y expectante frente al Verbo-Hijo a quien concibe eternamente. Y el Espíritu es silencio rebosante, comunicado por el Padre al Hijo como beso consumidor y devuelto por éste como suspiro no hablado de comunión y obediencia.

El silencio es atribuible a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, no tanto como Palabra del Padre, sino como Hijo que escucha y obedece al que lo engendra. Si el Padre por un lado se regocija eternamente al escuchar a su propia Palabra divina, el Hijo por otro lado se relaciona con el Padre no sólo como Palabra hablada en el silencio exultante de éste, sino como eterno Oyente de sus deseos y designios. De aquí que cada Persona divina *es*, de modo particular, su propio silencio, porque las relaciones que las constituyen involucran una comunicación interpersonal que va más allá de lo que encierra nuestro concepto de palabra.

Finalmente, el silencio en Dios nos enseña algo importante acerca del *conocimiento* entre las Personas. El Padre engendra al Verbo-Hijo, quien es como su autoexpresión perfecta. Los dos se conocen a través de sus recíprocas relaciones de paternidad y filiación. Pero hay algo más: una realidad que excede tal conocimiento –hablamos en términos humanos– y que no es tanto Principio, como el Padre, ni Expresión, como el Hijo, sino Don²¹: la sobreabundancia de comunión y vida que expresa lo no hablado y lo inefable en una entrega sin límites. Como tal, el Espíritu Santo es un nuevo conocer. Como decían los medievales: “El amor mismo es ya intelección”²². Tal conocimiento, no por medio de la palabra, sino a través de la escucha total y de la entrega sin límites, brota del misterio que es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, explica el lugar del silencio en las relaciones interpersonales y da a la amistad espiritual su valor como contexto de contemplación cristiana.

Madurez y silencio

Al unir estos hilos de silencio que descubrimos en la historia de la salvación –y en la salvación de la historia– podemos ver su íntima relación con la amistad cristiana. “Dios es amistad”, escribe san Elredo, no sin un cierto temor. Y añade: “El que permanece en la amistad permanece en Dios, y Dios en él”²³. Todo el sentido de la Creación, del Éxodo y de la Redención definitiva

¹⁹ Este paso a un nivel más ontológico se indica ya en *Hb* 11,3: “Por la fe, sabemos que la Palabra de Dios creó el mundo de manera que lo visible proviene de lo invisible”. Así, según el Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, n. 4: “Toda la Iglesia aparece como un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

²⁰ *Decreto para los Jacobitas*, del Concilio de Florencia, 1442 (Denzinger 703).

²¹ Ver STO. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theol.* I,38,2.

²² Véase J. M. DECHANET, *William of St. Thierry*, Cistercian Studies Series 10 (Spencer: Cistercian Publications, 1972), pp. 74-75. La frase viene de Plotino y los Padres griegos. Se encuentra en San Gregorio Magno, *Hom. in Evang.* 27,4 (PL 76,1207A), traducida en *Obras de San Gregorio Magno* (Madrid: BAC, 1958), p. 670.

²³ Elredo, *op. cit.*, n. 48, pp. 74-75. Es de notar que Elredo pone en boca de su interlocutor la primera frase, con su propio comentario de que “es una expresión inusitada y no se apoya en la Escritura. Sin embargo, no tengo inconveniente en aplicar a la amistad lo que se dice de la caridad”. Un comentarista moderno ha escrito: “El misterio de la vida trinitaria de Dios constituye el fundamento de la doctrina de Elredo sobre la amistad. Se trata de la inefable vida de amor entre las tres Personas divinas, que san Juan resume en la frase ‘Dios es amor’, Y que Elredo habría querido interpretar como ‘Dios es amistad’, si no fuera por su gran reverencia hacia la Palabra de Dios. Sin embargo, afirma que el que permanece en amistad en Dios permanece”. C. HEANY, “Aelred of Rievaulx: His Relevance to the Post-Vatican II age”, en *The Cistercian Spirit, A Symposium*, Cistercian Studies Series 3 (Spencer: Cistercian Publications, 1970), p. 184.

consiste en el deseo de Dios de compartir con su creatura el gozo de su propia amistad. Para eso la saca de las tinieblas y la lleva al reposo de una tierra prometida.

El silencio entra en este ritmo de salvación, primero como preparación: silencio de gestación, de escucha, de espera y de anonadamiento. Luego como madurez y plenitud de comunicación: silencio de paz, quietud, novedad y sobreabundancia de vida. Entre estos dos silencios irrumpe la palabra de amor. El silencio de escucha la acoge, el de plenitud la cumple y la devuelve en amistad consumada.

Al mirar las raíces del silencio en Dios mismo, entendemos cómo este doble ritmo de silencio es realmente imprescindible para garantizar la calidad de la amistad. El silencio entre amigos expresa y conduce, en primer lugar, a la inefabilidad de tal relación. La abre a su dimensión divina, la amistad en Cristo y con Cristo, pues Él está silencioso entre ellos, a la escucha, para servirlos, como prometió²⁴.

Luego, los amigos se abren a nuevas formas de relacionarse entre sí. Se trata, por un lado, de un silencio de reverencia y gestación, que espera el crecimiento lento de Cristo en el amigo y sabe morir para que él viva. Por otro lado, es silencio rebosante de entusiasmo que, debido a la plenitud de amor que experimenta, no encuentra palabras y calla en comunión, en servicio y en obediencia. Es el silencio implícito en la situación descrita por Jesús: “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando”²⁵.

Este silencio entre amigos enseña, finalmente, que el amor “supera todo conocimiento”²⁶. Las palabras humanas son relativas, pasajeras y, muchas veces, ambiguas. El misterio de Pentecostés establece entre los hombres este nuevo modo de conocer, que es una madurez de amor. El Verbo-Hijo ha vuelto al Padre, obediente hasta la muerte, y ahora envía a alguien más, como sobreabundancia de su vida resucitada. Esta sobreabundancia se expresa en el don de lenguas y en la predicación evangélica. Pero también en el silencio evangélico, es decir el silencio amistoso, que no es sino la continuación en el mundo de nuestro tiempo del anonadamiento y del gozo sobreabundante de Cristo Redentor.

El silencio del monje es sacramento de estas verdades para todos los hombres. Y, en América Latina, parecería contener un mensaje especialmente importante. Dentro de la amistad sencilla y sincera que debe caracterizar a nuestras comunidades, el silencio es garantía de madurez y sabiduría.

*Azul
Pcia. de Buenos Aires - Argentina*

²⁴ Véase Mt 18,20 y Lc 22,27.

²⁵ Jn 15,13-14.

²⁶ Ef 3,19.